A landscape photograph of rolling hills under a clear blue sky. The foreground is a field of brown soil with some green plants. The hills in the background are covered in green grass. A large white text overlay is positioned across the center of the image, partially obscuring the landscape. The text is in a bold, sans-serif font and is cut off on the right side by a white vertical strip.

JORNADA
SOBRE
IDENTIDAD
COMARCA

Esencia y forma de los paisajes campiñeses.
Aproximación desde la geografía¹

AS

LOS ELEMENTOS MATERIALES, LAS FORMAS, SON EN PRINCIPIO HECHOS APARENTEMENTE OBJETIVOS, CON LO QUE PUDIERA CREERSE QUE LO PRINCIPAL Y DEFINITORIO DE LOS PAISAJES RESULTA FÁCIL DE DETECTAR Y FÁCIL DE DESCRIBIR; SIN EMBARGO, CASI NUNCA ESTOS ELEMENTOS MATERIALES LLEGAN HASTA EL ESPECTADOR DE MANERA TOTALMENTE PURA Y OBJETIVA, SINO QUE SUELEN SER SOMETIDOS PREVIAMENTE AL FILTRO DE LO PSICOLÓGICO, DE LO PERSONAL.

POR JOSÉ NARANJO RAMÍREZ
UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

D
AL

El presente trabajo contiene la transcripción literal de la conferencia que, dentro de las jornadas organizadas por la Mancomunidad Campiña Sur, pronunció el autor en la ciudad de Puente Genil. Exclusivamente se ha modificado lo referente al aparato gráfico, sensiblemente disminuido respecto al que se presentó en aquel acto público.

I. Introducción.

El paisaje constituye uno de los rasgos de la identidad de los pueblos, pues no en vano cualquier recuerdo, cualquier evocación de un país, de una región, de una comarca o de un pueblo va asociada a un paisaje concreto. Este hecho es tan evidente que, en no pocos casos, al paisaje se le ha convertido en elemento simbólico y representativo de una colectividad; es algo que todos los nacionalismos han practicado con asiduidad, por lo que los ejemplos podrían ser innumerables (Covadonga, Montejoyra, Montserrat, etc.) y en todos los casos convirtiendo el paisaje y el lugar escogido en la síntesis, en el símbolo de ese pueblo, de su historia y de sus tierras.

Sin embargo, a pesar de esta evidente importancia del paisaje incluso en la psicología colectiva de los pueblos, no siempre resulta fácil definir y delimitar el paisaje de una zona, comarca o región; y ello porque, este paisaje, además de estar formado por elementos objetivos y materiales, tiene igualmente un componente subjetivo, personal, afectivo y sentimental; y ello complica bastante las cosas, hace difícil una definición global, general y aceptada por todos de cualquier paisaje.

Los elementos materiales, las formas, son en principio hechos aparentemente objetivos, con lo que pudiera creerse que lo principal y definitorio de los paisajes resulta fácil de detectar y fácil de describir; sin embargo, casi nunca estos elementos materiales llegan hasta el espectador de manera totalmente pura y objetiva, sino que suelen ser sometidos previamente al filtro de lo psicológico, de lo personal. Y cuando esos elementos pasan por el proceso vivencial, cuando pasan a través del tamiz de lo emotivo y psicológico, aquellos hechos materiales se convierten en esencias; y en esa fase cada uno acaba construyendo inconscientemente su propio paisaje individual; lo que para algunos son meras formas, mera envoltura material, para otros se convierten en rasgos esenciales, elementos fundamentales y definitorios, es decir "esencias"; y viceversa, lo que para algunos son esencias del paisaje para otros son meras formas.

El mismo paisaje, exactamente el mismo, provoca emociones y sensaciones en determinadas personas completamente distintas



Cerros del Andalucense en la Campiña Baja

a las que provoca en otras. En definitiva, el mismo paisaje se percibe con frecuencia de modo diferente por distintas personas y por distintas colectividades, entrando la ideología a formar parte también del resultado final, por lo que se puede hablar de que más que un paisaje objetivo lo que existe es un "paisaje percibido".

Teniendo en cuenta estas consideraciones, aspiramos a mostrar -de manera lo más clara y precisa que nos sea posible- los aspectos formales de nuestro paisaje, los elementos materiales del mismo, con la ilusión de que, en base a los mismos, poco a poco -es una tarea colectiva- vayamos conformando esas esencias paisajísticas que constituyen uno de los rasgos de nuestra identidad como comarca.

Y este acercamiento al paisaje se puede hacer desde muchos puntos de vista, pues el paisaje es objeto de la atención de muchas disciplinas y actividades, tanto intelectuales como artísticas: la historia se inscribe en un paisaje, el arte se ha ocupado y se ocupa del paisaje, la literatura describe y ensalza determinados paisajes, etc.

Nosotros abordaremos el tema desde la Geografía, si bien este nuestro punto de vista no sólo no es excluyente, sino que se presenta abierto a las aportaciones de tantas otras disciplinas, a veces fundamentales e imprescindibles para la verdadera comprensión de un paisaje. Desde esta perspectiva geográfica, elementos paisajísticos fundamentales a considerar serán:

Las formas de relieve

El colorido del paisaje

La vegetación natural

El paisaje agrario

El poblamiento o presencia humana en el paisaje.

Pero antes de entrar en el análisis de estos elementos, conviene hacer algunas precisiones acerca del área geográfica objeto de nuestro estudio: la llamada "Mancomunidad de Municipios Campiña Sur". Hablamos de un conjunto de municipios, agrupados y asociados en una mancomunidad que adopta este nombre; estos municipios son, de norte a sur, La Rambla, Fernán Núñez, Montemayor, San Sebastián de los Ballesteros, Santaella, Montalbán, Montilla, Puente Genil, Aguilar de la Frontera, Moriles y Monturque.

Y la primera precisión que procede es que la llamada "Mancomunidad Campiña Sur" no constituye en sí misma una realidad geográfica individualizada respecto a su entorno, sino que se trata de una realidad político-administrativa, una creación humana "inventada" o, mejor, "forjada", como fórmula para un mejor aprovechamiento de los recursos y como instrumento para propiciar el desarrollo económico y social de estos pueblos.

Sin embargo, no constituyendo una realidad geográfica individualizada, sí que puede hablarse de unos rasgos y de unos carac-

ESTE ACERCAMIENTO AL PAISAJE SE PUEDE HACER DESDE MUCHOS PUNTOS DE VISTA, PUES EL PAISAJE ES OBJETO DE LA ATENCIÓN DE MUCHAS DISCIPLINAS Y ACTIVIDADES, TANTO INTELECTUALES COMO ARTÍSTICAS: LA HISTORIA SE INSCRIBE EN UN PAISAJE, EL ARTE SE HA OCUPADO Y SE OCUPA DEL PAISAJE, LA LITERATURA DESCRIBE Y ENSALZA DETERMINADOS PAISAJES, ETC

teres paisajísticos propios, aunque, eso sí, los comparte parcialmente con otros municipios integrados en otras mancomunidades.

Esos rasgos o caracteres paisajísticos son los de una realidad geográfica general, llamada Campiña de Córdoba, en cuyo seno se encuentran todos y cada uno de estos espacios municipales. Identifiquemos y caractericemos primero la Campiña de Córdoba en general para ir después a las concreciones y particularidades de esta nuestra mancomunidad.

II. El componente geológico y las formas de relieve.

La comprensión de estos rasgos paisajísticos de la Campiña de Córdoba exige un análisis somero acerca de la evolución geológica de esta zona, para lo cual procede recordar que este espacio campiñés forma parte de la llamada Depresión del Guadalquivir, una especie de gran zona hundida respecto a las montañas circundantes, con forma triangular, que se forma entre Sierra Morena por el norte, las cordilleras Béticas por el sur y el Océano Atlántico por el oeste.

Debemos recordar, también, que el origen de esta Depresión del Guadalquivir se encuentra en la Era Terciaria, momento en que se produce el llamado Plegamiento Alpino, cuya consecuencia principal será el levantamiento o emersión del mar de una nueva Cordillera, las Béticas, al tiempo que tiene lugar también un enorme hundimiento al sur de lo que hoy es Sierra Morena, hundimiento que significa que la zona es invadida inmediatamente por el mar convirtiéndose en lo que se ha dado en llamar "el Golfo Bético", un enorme brazo de mar que algunos creen llegó a comunicar Atlántico y Mediterráneo, con lo cual más que un golfo sería un estrecho.

La existencia de una zona hundida entre dos áreas elevadas significa que todos los materiales arrancados por la erosión de las zonas altas, por mero efecto de la gravedad y, sobre todo, por la acción de las aguas de escorrentía, de ríos y arroyos, son transportados y depositados en las zonas bajas. Así, esos materiales sólidos irán rellenando ese Golfo Bético, elevando los fondos marinos hasta llegar a expulsar al mar. Como el relleno fue antes en la zona oriental, el mar será progresivamente empujado por estos sedimentos hacia el oeste, de manea que la retirada del mar supone que aquellos fondos marinos quedan al descubierto. El proce-

so todavía no ha terminado, como lo atestigua la existencia de una zona intermedia entre el mar y la tierra, una zona anfibia, alternativamente dominada por el mar y por el continente: son las Marismas del Guadalquivir, espacio que todavía en época romana era conocido como "Lacus Ligustinus"; es decir era considerado, hace apenas 2000 años, no como tierra firme, sino como una zona lacustre.

Si todos estos fenómenos los trasladamos al espacio cordobés, se nos configuran claramente las tres grandes unidades geográficas provinciales: Al norte la Sierra Morena, borde meridional de la Meseta, al sur algunas estribaciones de las Béticas, las conocidas como Sierras Subbéticas, y entre ambas unidades un espacio intermedio, que en general conocemos como Campiña de Córdoba, y que no es sino la porción cordobesa de la Depresión del Guadalquivir, es decir, el resultado de ese relleno de la depresión por los sedimentos que acabaron expulsando el mar hacia el oeste.

Hablamos, por tanto, de un territorio que tiene en común muchas cosas: por ejemplo, todo él pertenece a ese mundo de la sedimentación marina durante la Era Terciaria; esa sedimentación se produce en un período concreto, en el Mioceno, por lo que al hablar de los materiales campiñeses, casi de forma general, hablaremos de materiales miocenos, materiales que posiblemente constituirán, como veremos, una de las esencias de nuestro paisaje, pues no en vano son los responsables de muchos de nuestros caracteres paisajísticos.

Y también tiene todo el territorio como rasgo común unas formas de relieve bastante similares: un relieve ondulado, sin formas abruptas ni escarpadas, un mundo de lomas y vallonadas sin ordenación alguna, caóticamente dispuestas y sin líneas de relieve predominantes. Dichas lomas presentan siempre formas suaves y pendientes poco pronunciadas; un relieve que, en definitiva, esencialmente es el resultado de la acción erosiva de los ríos y arroyos sobre los blandos materiales campiñeses. Precisamente estas corrientes de agua (no necesariamente de carácter continuo), en la medida en que van excavando su cauce sobre estos materiales generalmente blandos, son los agentes que individualizan unas lomas de otras, que conforman ese relieve "pando" y "acombado" típico de la Campiña. Se cumple así de forma prácticamente exacta uno de los



Cereal y girasol rotan en el paisaje agrario de la Campiña Baja. Uso de las leguminosas como plantas nitrificantes: barbecho de habas. El olivar es el gran protagonista del paisaje agrario altocampiñés. Viñedos de la Denominación de Origen Montilla-Moriles

significados que se ha dado a la palabra "Campiña": espacio muy fértil que no es ni llano ni montañoso.

II. Dos "campiñas" diferenciadas.

Sin embargo, en el seno de estos materiales miocenos no todo es igualdad, no todo es homogeneidad; existe una diversidad interna que será la responsable de nuestra variedad de paisajes. Refiriéndonos exclusivamente al ámbito que nos ocupa, el de los municipios integrados dentro de la Mancomunidad de Campiña Sur, esta diversidad se concreta en la existencia de dos sub-comarcas claramente diferenciadas:

- la **Campiña Baja**, en la zona norte, en los municipios más cercanos al curso del río Guadalquivir, al término de Córdoba capital; por ello se le ha llamado también Campiña de Córdoba.

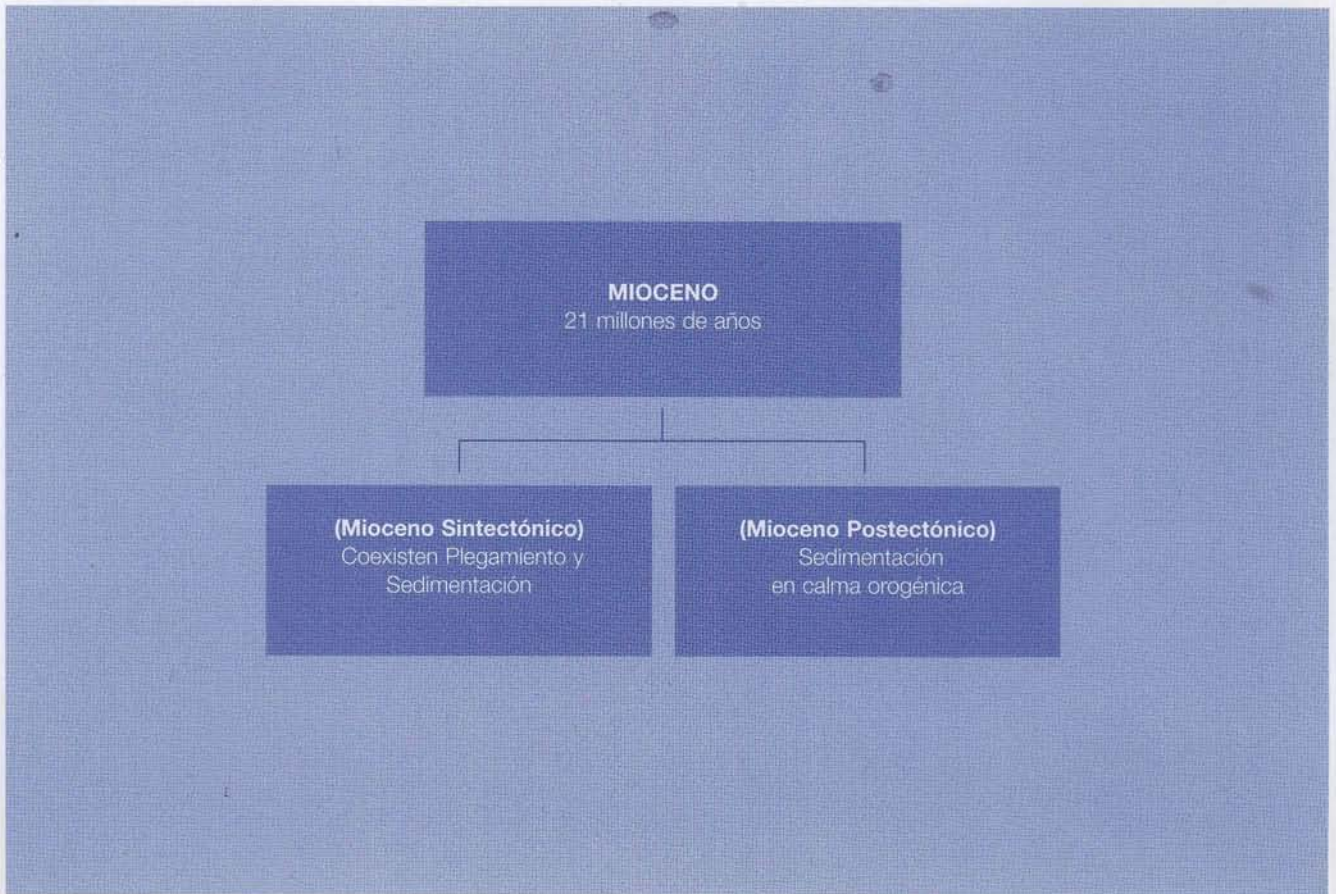
- la **Campiña Alta**, en los municipios situados más hacia el sur, en los municipios más alejados del curso actual del Guadalquivir y del territorio de Córdoba capital. Se le ha llamado también la Campiña de Montilla y la Campiña del Antiguo Señorío de Aguilar, por haber sido ésta la realidad histórica más significativa en este espacio.

Simplificando mucho, las diferencias formales entre una y otra campiña se concretan fundamentalmente en los siguientes rasgos:

- La **Campiña Baja** presenta menor altitud, casi siempre por debajo de los 200 m. sobre el nivel de mar, con materiales predominantemente arcillosos, al tiempo que sus lomas presentan pendientes muy poco acusadas; no se trata de una llanura, puesto que predominan las líneas curvas, pero se le aproxima bastante.

- Por su parte, la **Campiña Alta** presenta cotas más elevadas, alcanzando sus cerros hasta los 400 y 450 m., al tiempo que sus laderas presentan pendientes más acusadas, pendientes que están construidas sobre materiales con bajo porcentaje de arcillas y alta proporción de arenas y calizas.

La explicación de estas diferencias se encuentra en varios factores, de los cuales el primero y principal es el momento preciso de la sedimentación y depósito de los materiales. Y es que el Mioceno fue un período lo suficientemente largo (alrededor de 20 millones de años), como para que en él coexistan una etapa última de plegamiento, de formación de relieve por tanto, y otra de calma, fase en que ya no existe plegamiento, sino sedimentación y relleno de materiales. Concretamente se ha distinguido un Mioceno "sintectónico" y un Mioceno "postectónico"; en el primero, en el Mioceno "sintectónico" coinciden a la vez la sedimentación o relleno de la Depresión con los últimos coletazos del Alpino, con las últimas presiones, embates o paroxismos de este plega-



miento; en el segundo, en el Mioceno "postectónico", la tectónica ya ha dejado de actuar, no existen empujes orogénicos y por tanto la sedimentación se produce en calma absoluta.

Será en la Campiña Baja donde la sedimentación y el relleno se produzca en calma orogénica, sin presiones tectónicas, lo que significa que los materiales depositados en aquellos lechos marinos conservan la horizontalidad y, una vez emergidos, sufrirán tan sólo los cambios provocados por la erosión de los ríos y arroyos que, como ya dijimos, serán los causantes de la individualización de las lomas y de las formas de relieve pandas y onduladas. Y será en la Campiña Alta donde se produce la convivencia de los últimos empujes tectónicos con el momento de la sedimentación y el relleno, circunstancias que se traducen en una ondulación de los lechos marinos, en una alteración de la horizontalidad de los materiales depositados; ello explica esas lomas más elevadas, esas formas un poco más acentuadas y esas mayores pendientes que ya hemos reseñado para la Campiña Alta. Y donde existen mayores altitudes y mayores pendientes existe, a la vez, mayor erosión, con lo cual esas formas de relieve se acentúan incluso más.

De este modo, como consecuencia directa de la evolución geomorfológica de nuestro territorio, hemos acabado explicando y describiendo uno de los primeros hechos que, al principio, mencionábamos como elementos paisajísticos significativos e impor-

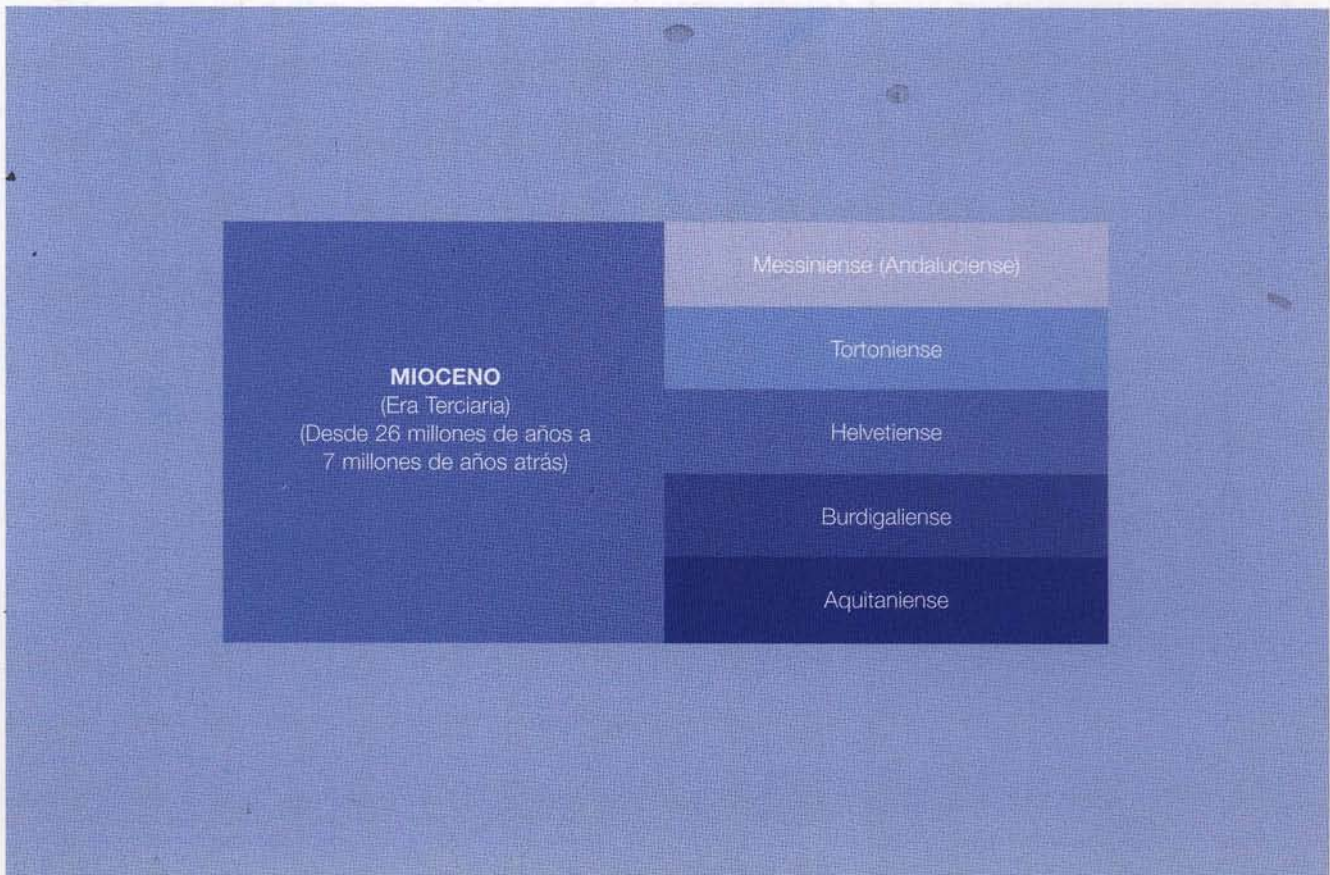
tantes: el relieve que podemos definir, en general, como una sucesión de lomas y vallonadas, con altitudes muy modestas y con predominio de las pendientes de escasa entidad, si bien en la Campiña Alta, en la zona sur de la comarca, el relieve se hace un poco más marcado, pero sin llegar en ningún caso a poder ser considerado como un relieve abrupto, escarpado o montañoso.

III. Los colores de La Campiña.

Y cada una de estas dos Campiñas, la Baja y la Alta, tienen también un colorido propio, unos colores predominantes y unas tonalidades cromáticas específicas. Si fuésemos capaces de abstraer este paisaje campiónés de la cubierta vegetal que habitualmente le cubre, lo que quedaría a nuestra vista serían los suelos de la Campiña, esa capa externa de la corteza terrestre en la que reside la vida, la capacidad productiva.

Pues bien, en función de los tipos de suelos, en la Campiña Baja predominan los colores pardos y marrones, siempre más oscuros en húmedo, más claros en seco. Pero esa gama de colores pardos puede oscilar desde los tonos muy oscuros, casi negros, en lo que se llaman "bujeos" (tierras negras andaluzas), suelos muy arcillosos que normalmente se localizan en los fondos de las hondonadas, en zonas donde el encharcamiento ha sido fácil y frecuente y donde las minúsculas partículas de arcillas,





transportadas a través del agua de infiltración, acabaron depositadas; y suelos más claros, de color grisáceo, marrón o amarronado, en el resto; nos referimos en este caso a los suelos llamados margoso-béticos, los más frecuentes en la Campiña Baja.

En ambos casos se trata de suelos muy ricos en arcillas, lo que les hace suelos muy compactos en seco y muy adherentes y "pegajosos" en húmedo; incluso después de las primeras labores anuales, la fuerte adhesión de las partículas propician la formación de "terrones" muy cohesionados; todo ello hace que estos suelos sean difíciles de labrar, especialmente los llamados "bújeos", muy exigentes en la aplicación de trabajo humano y energía (animal o mecánica), aunque, como veremos, muy fértiles y productivos.

Y este colorido y los tipos de suelos mencionados guarda una relación clara con el sustrato geológico del lugar en que se encuentran, pues como ya vimos el Mioceno campiñés no es ni mucho menos un conjunto homogéneo. En su seno se distinguen pisos, bandas más o menos potentes, más o menos anchas, cuyos materiales presentan alguna particularidad distintiva con los demás. Los dos últimos pisos del Mioceno, es decir los materiales últimos que se depositaron, fueron por este orden los materiales del Tortoniense y del Mesiniense también llamado Andaluciense.

Los tipos de suelos que hemos mencionado en primer lugar, los "bújeos" y los suelos "margoso-béticos" están constituidos a

expensas de los materiales del Tortoniense; pero este piso tuvo encima otra capa, otro piso, el Mesiniense o Andaluciense que, en la mayor parte de la Campiña Baja ha desaparecido por efectos de la erosión, dejando a la luz ese Tortoniense del que hablamos.

Pues bien, en determinados lugares, por tener el Andaluciense una constitución especialmente caliza y areniscosa, este piso superior ha resistido la erosión, conformando cerros-testigo más elevados que el entorno y aislados en medio de un conjunto de lomas mucho más bajas; en dichos cerros los materiales que se muestran a la luz son la costra última que tuvo la comarca, la que se depositó en el último momento antes del desalojo de las aguas marinas. Cuando estos cerros-testigo se han conservado, la gama cromática de la Campiña Baja se ve enriquecida con la aparición del color amarillento claro, incluso blanquecino, que caracteriza a estos montículos. Pero además, y por otra parte, los cerros del Andaluciense, al margen de la cuestión cromática, nos interesarán después por otras consecuencias paisajísticas de primer orden.

En lo que se refiere a la Campiña Alta, en el contexto de que los pisos del Mioceno que aquí afloran son más variados que en la Campiña Baja, la gama cromática de sus suelos (prescindiendo igualmente de la vegetación y de los cultivos) tiende a los colores claros, blanquecinos, indicativos de una alta proporción de calizas. El carácter más quebrado de su relieve –ya explicado– propició la



Entre las lagunas del Sur de Córdoba: Laguna del Rincón

erosión de los pisos superiores y, como consecuencia, en la Campiña Alta es frecuente encontrar, no sólo la presencia del Andaluciense y el Tortoniense, sino igualmente del Burdigaliense y Aquitaniense. En todo caso, por la proximidad a las Béticas, la proporción de caliza es muy alta, constituyendo suelos muy sueltos, poco arcillosos, denominados "rendsinas" y cuyas variedades se agrupan bajo el nombre de "suelos rendsiniformes".

Igualmente es interesante reseñar que, en algunos casos, lo que ha quedado a la luz no son ni tan siquiera materiales terciarios, sino que aparecen materiales de la Era Secundaria, los situados inmediatamente por debajo de aquéllos. Esto ocurre precisamente en la Sierra de Montilla -donde predominan los materiales del Jurásico y del Cretácico-, y ocurre igualmente en otros lugares donde la erosión de las corrientes de agua ha profundizado hasta alcanzar los materiales Triásicos. En este último caso la gama cromática se amplía con unos suelos de color oscuro, marrones con matices rojos muy oscuros. Al margen de otras consecuencias, este tipo de materiales triásicos, que contienen importantes bolsas de yesos y sal, son los responsables de un hecho paisajístico tan curioso como es la salinidad de muchos arroyos y ríos y la aparición de "salinas" en lugares tan extremadamente alejados del mar.

Otro caso de excepcionalidad cromática en la Campiña Alta lo constituyen los suelos rojos o pardorrojizos mediterráneos. Se for-

man éstos a expensas de sustratos muy calizos sobre terrenos muy llanos. La descomposición por disolución de la caliza deja como residuo unas arcillas ricas en óxidos de hierro que, por esta causa, conforman este tipo de suelos. Sin llegar a ser muy abundantes, se presentan en manchones dispersos lo suficientemente frecuentes como para que deban ser mencionados y citados.

Finalmente, para terminar de configurar la complejidad de esta Campiña Alta, digamos que, como resultado de investigaciones relativamente recientes, se ha detectado otro fenómeno muy importante que ha sido bautizado con el nombre de "Olistostroma". Se trata de conjuntos heterogéneos de materiales (secundarios y terciarios), procedentes de las cercanas alineaciones Subbéticas, que por simple gravedad se deslizaron ladera abajo, fueron arrastrando a su paso todos los materiales sueltos que encontraron, y finalmente fueron a empotrarse en la Depresión, en la Campiña Alta. Como este fenómeno se produjo durante el Mioceno, la sedimentación posterior los ocultó, los fosilizó en muchos casos, quedando tapados hasta que la erosión posterior de los ríos y arroyos los dejó al descubierto, constituyendo en algunos casos cerros aislados, de materiales extraños a la Campiña, que suelen conformar crestones relativamente inhiestos que rompen con la suave ondulación campiñesa: Monturque se nos ocurre que podría ser un buen ejemplo.

IGUALMENTE, EN EL ENTORNO DE LAS LAGUNAS QUE COMPONEN LAS ZONAS HÚMEDAS DEL SUR DE CÓRDOBA SE CONSERVAN MASAS RELATIVAMENTE EXTENSAS DE VEGETACIÓN DE RIBERA (CARRIZOS, ANEAS, ETC...), VEGETACIÓN QUE EN ALGUNOS CASOS SE COMPLETA CON MASAS ARBOLADAS QUE PUEDEN LLEGAR A FORMAR PEQUEÑOS BOSQUETES MUY INTERESANTES POR SU EXCEPCIONALIDAD

Pero en otros casos, el olistostroma no supone un cambio tan radical con el entorno, porque también hubo lugares en que los materiales subbéticos deslizados hacia la Depresión pertenecen exactamente a los mismos momentos y a la misma cronología de los materiales campiñeses, al Mioceno concretamente. En este caso lo que encontraremos será un mioceno que, sedimentado y depositado primero en las Béticas y deslizado después a la Depresión, por su procedencia bética, se diferencia del propiamente campiñés por su especial abundancia en materiales calizos. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, en Moriles y Puente Genil, donde desde el punto de vista paisajístico estos materiales no suponen una ruptura significativa respecto al mioceno alto-campiñés, si bien introducirá variables muy importantes en la capacidad productiva de estos suelos, muy especializada y concreta.

IV. La cubierta vegetal: Vegetación natural, cultivos y aprovechamientos.

¶ Pero hasta ahora hemos hablado del cromatismo campiñés intentando abstraernos de la existencia de una cobertura vegetal concreta; observemos ahora esos mismos paisajes pero considerándolos con su cubierta vegetal, ya sea de carácter natural o sea introducida por el hombre, es decir, de carácter agrario.

En lo que se refiere a la primera, a la vegetación natural, la gran productividad agraria de la comarca hizo que, desde época inmemorial, se produjese una intensa deforestación en beneficio de los campos de cultivo; no obstante, hasta el siglo XVIII tenemos constancia de la pervivencia de algunas formas de vegetación natural, ya fueran manchas dispersas de monte (las llamadas "matas", tan frecuentes en la toponimia), ya fueran superficies más continuadas y extensas (Castillo Anzur se componía de 1.156 fanegas de tierra, más otras 60 en los llamados "Barrancos de Castillo Anzur") o ya fueran, por último, dehesas de aprovechamiento mixto ganadero, forestal y agrario (la Dehesa de Cordobilla constaba de 800 fanegas de tierra).

El intensivismo agrario del siglo XIX y principios del XX acabará liquidando la práctica totalidad de estos espacios arbolados, de manera que los que resisten no pueden considerarse significativos como para suponer un elemento definitorio del paisaje campiñés. Al día de hoy la presencia de vegetación natural (más o menos alterada) se reduce a la vegetación de ribera conservada en algu-

nos ríos y arroyos campiñeses, especialmente en los dos grandes afluentes del Guadalquivir: el Guadajoz y el Genil, porque en el resto de los pequeños arroyos que constituyen sus afluentes el ataque a dicha vegetación de ribera ha sido también espectacular, con la única relativa excepción de la Sierra de Montilla, donde esta forma de vegetación natural aparece algo más conservada.

Igualmente, en el entorno de las lagunas que componen las Zonas Húmedas del Sur de Córdoba se conservan masas relativamente extensas de vegetación de ribera (carrizos, aneas, etc...), vegetación que en algunos casos se completa con masas arboladas que pueden llegar a formar pequeños bosquetes muy interesantes por su excepcionalidad.

En el resto de la Campiña la destrucción fue casi total y tan sólo en los últimos años ha empezado a practicarse una cierta política de protección y recuperación de esta vegetación de ribera. También se conservó una vegetación natural interesante en los márgenes de las vías pecuarias (veredas, cañadas, cordeles, etc...) y en las líneas que marcan de separación entre distintas propiedades o explotaciones, donde una estrecha banda de lentiscos, retamas, chaparros, etc..., al tiempo que marcaban con un escalón el lindero entre dos explotaciones ("las gabias"), proporcionaba una eficaz barrera protectora contra la erosión. También en los dos casos el ataque que han sufrido ambas formas de vegetación natural ha sido feroz.

Desaparecida casi en su totalidad la vegetación natural, por tanto, deberemos fijarnos en los elementos vegetales aportados por la actividad agraria; y en este sentido, de nuevo tenemos que establecer la clara diferenciación entre Campiña Alta y Campiña Baja.

En esta última, en la Campiña Baja, donde recordemos predominaban los materiales arcillosos, la práctica agrícola dominante será la de la cerealicultura. El cereal (trigo y cebada fundamentalmente) es un cultivo relativamente exigente en humedad, y el tipo de arcillas aquí acumuladas (montmorillonita e illita) pertenecen al grupo de arcillas hinchables, capaces de almacenar gran cantidad de agua, lo que ha permitido durante milenios la obtención de cosechas importantes a pesar de la aleatoriedad de las lluvias en el clima mediterráneo. Pero el cereal conlleva la coexistencia con otras plantas, con las que rota para dar a la tierra el necesario descanso y alternancia. En este sentido hasta los años 40 del siglo XX

EN DEFINITIVA, CUANDO HABLAMOS DE CAMPIÑA BAJA, EL PAISAJE SE CONCRETA EN UN HORIZONTE ONDULADO CONJUNTO, CUYAS LOMAS Y VALLONADAS APARECEN CULTIVADAS DE CEREAL Y DE LAS PLANTAS QUE CON ÉL ROTAN, CON EL MATIZ DEL OLIVAR QUE APARECE EN LAS LOMAS MÁS ELEVADAS, EN AQUELLAS DONDE SE CONSERVARON LOS MATERIALES ARENISCOSOS DEL PISO ANDALUCIENSE

el sistema de cultivo utilizado fue el "cultivo al tercio", modalidad de rotación trienal en base a tres hojas o tercios, de los que uno se dedicaba al cereal (2/3 de trigo y uno de cebada), otro se dedicaba al barbecho desnudo y sus hierbas eran aprovechadas como alimento para el ganado, y otra se empleaba en barbecho sembrado, con especies nitrificantes, que no competían con el cereal y que, al contrario, proporcionaban a la tierra los elementos demandados por el cereal, nitrógenos sobre todo; esta función la desempeñaban a la perfección las leguminosas y, muy especialmente las habas y garbanzos.

Pero esta modalidad de cultivo "al tercio" desapareció a mediados del siglo XX dando paso a una alternancia bianual entre el cereal y otros cultivos que rotan con él, sistema que se podría definir como de "año y vez con barbecho sembrado"; esta función de rotar con el trigo la han cumplido muchas especies vegetales (algodón, remolacha...), si bien en la actualidad la alternancia se reduce prácticamente a trigo y girasol.

En este escenario nuestro paisaje bajo-campiñés, ya conocido, se completará ahora con el matiz cromático que estos cultivos aportan en cada momento de su evolución vegetativa, a saber: predominio del verde desde finales de otoño hasta finales de primavera, una breve etapa de amarilleamiento hasta que, a comienzos de verano, las mieses secas imponen sus tonos amarillos pajizos con tendencia al dorado; finaliza el ciclo con el retorno al color mismo de los suelos cuando los rastrojos son eliminados, pasando a veces por la desagradable, antiestética y antiecológica fase de la quema de dichos rastrojos.

Y ello convive con el contraste que suponen las parcelas preparadas para el cultivo de girasol, cuya siembra más tardía supone que la etapa verde del trigo coincide con la tierra al descubierto en las parcelas de girasol; el comienzo del agostamiento de los trigos suele suponer la etapa más verde de los girasoles, en tanto que el estado de sazón de los trigos y el período de rastrojos aporta el momento de mayor colorido y esplendor para el girasol, que durante quince o veinte días viste de amarillo brillante e intenso los campos campiñeses. Final del verano y comienzo de Otoño supone en ambos casos la etapa de la tierra al desnudo, sin ningún cultivo ni vegetación que la oculte.

Pero no todo es trigo y girasol en la Campiña Baja; recordemos que en su seno quedaban también algunos cerros-testigo, formas residuales de lo que constituyó la coraza más externa de

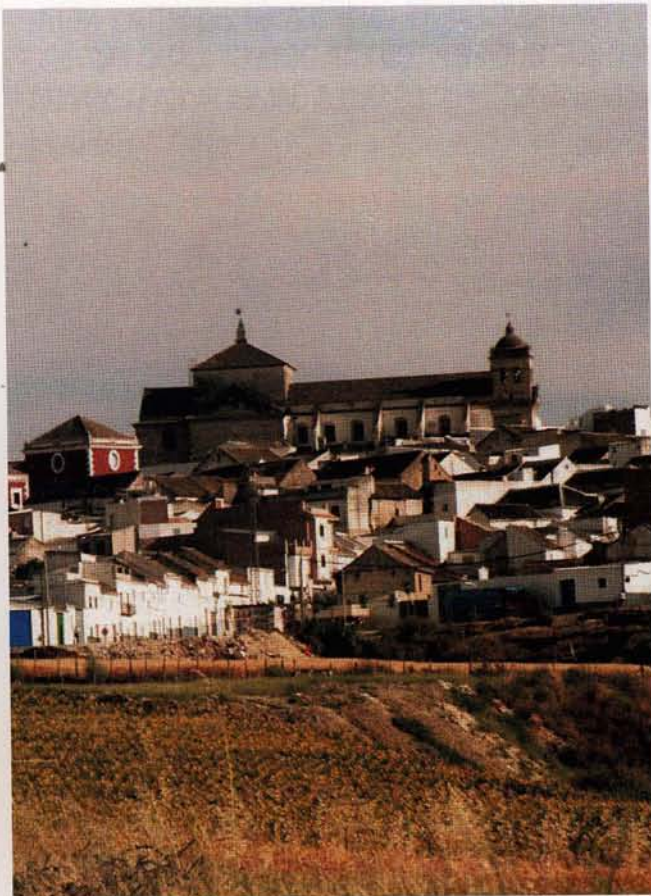
la Campiña. Para estos montículos, cuyos materiales situábamos en el Andaluciense, constatábamos una menor proporción de arcillas y más cantidad de arenas y caliza, lo cual había sido la causa de su mayor resistencia a la erosión. Pues precisamente estos caracteres (menos arcillas, más arenas, más caliza) significan menor capacidad de retención de humedad y menor adaptación al cultivo del cereal; en cambio suponen espacios espléndidamente adaptados al olivar, que a través de esas areniscas permite una fácil difusión radicular, encontrando en profundidad la humedad que no se pudo acumular en superficie.

En definitiva, cuando hablamos de Campiña Baja, el paisaje se concreta en un horizonte ondulado conjunto, cuyas lomas y valdonadas aparecen cultivadas de cereal y de las plantas que con él rotan, con el matiz del olivar que aparece en las lomas más elevadas, en aquellas donde se conservaron los materiales areniscosos del piso Andaluciense.

Y prácticamente todo lo que hemos dicho para esos cerros calizo-areniscosos de la Campiña Baja, conviene también a la generalidad de la Campiña Alta. Las formas de relieve más pronunciadas y la mayor entidad de las pendientes —que provoca una escorrentía del agua más rápida y violenta—, la escasa proporción de arcillas en los suelos rendsiniformes (rendsinas, xerorendsinas y regosuelos), el exceso de arenas y el alto componente calizo de todos estos materiales, reduce la presencia del cereal y de cualquier otra forma de sembradura de secano a algunos fondos de vaguadas muy limitados. El resto se convierte en escenario perfecto para cultivos arbóreos —como el olivar— y, en menor medida, en cultivos arbustivos como el viñedo.

Y aunque la adaptación de ambos cultivos es óptima para el entorno, la mayor o menor presencia de uno y otro elemento, olivar o viñedo, viene determinada a veces por causas físicas y a veces por razones o causas históricas.

Razones físicas favorables al viñedo son, por ejemplo, la existencia de determinados suelos muy ricos en cal, precisamente los que hemos relacionado antes con la presencia de materiales subbéticos, ya sean de la Era Secundaria (Sierra de Montilla) ya sean materiales mioceno-terciarios vinculados al olistostroma (Sierra de Montilla, Moriles-Puente Genil). Estos suelos, conocidos como "albarizas" o "moronitas", considerados muy mediocres desde la óptica de la cultura cerealista dominante históricamente en la Campiña, son especialmente aptos para la producción de uva vini-



Poblamiento concentrado en villas y grandes pueblos



Vivienda rural dispersa: cortijo cerealista

ficable de óptica calidad. Y también favorable al viñedo ha sido la evolución que, al desaparecer en el siglo XX la economía de autoconsumo y subsistencia, sufrieron los ruidos de las poblaciones, orientados en muchos casos al viñedo como consecuencia de esta coyuntura socio-económica.

Entre las razones históricas –en este caso favorables al olivar– la más decisoria es la subvención de que disfruta el olivar desde la U.E., lo que ha convertido en verdaderamente espectacular el avance de este plantío a expensas de cualquier otro aprovechamiento. Y en segundo lugar ha colaborado también a su expansión la crisis de comercialización sufrida por los vinos de la zona, que aconsejó en muchos casos el “arranque” (subvencionado, incluso) de las viñas y su sustitución por olivar. Queda por ver si las recientes experiencias con cepas de uvas tintas pudiera detener e invertir el proceso.

En resumen, en lo que se refiere a la Campiña Alta, el paisaje se concreta ahora en un verdadero océano de lomas, con formas redondeadas cubiertas por el verde oscuro del olivar, y con el matiz más o menos abundante según los casos de la presencia del viñedo. No en vano a esta Campiña se le denominó también, en contraposición a la Campiña cerealista, como la Campiña del Olivar y el Viñedo.

Pero que nadie se llame a engaño, que tampoco esto supone homogeneidad ni monotonía paisajística. Aunque el paisaje de oli-

var puro, en este aspecto, se muestra mucho más estable, los cambios en el estado vegetativo del viñedo provocan cambios radicales en la apariencia externa de los paisajes, hasta el extremo de poder llegar a alterar profundamente su primera impresión visual. Al respecto, compárese la diferencia entre un viñedo invernal, podado ya y con la tierra al descubierto matizada simplemente por el dibujo geométrico que, a modo de botones, marcan las cepas desnudas, con otro viñedo en estado de verde pujanza de sus ramas y frutos, y con ese mismo viñedo en el momento que en esas mismas hojas se vuelve amarillas y marrones conforme avanza el otoño.

V. La presencia humana en el paisaje.

Pero por si esos matices no fueran suficientes, nos queda otro elemento de gran trascendencia aún por analizar: el poblamiento, el rasgo definitorio de la presencia humana en el paisaje. Esta presencia queda acreditada de muchas maneras, aunque la más evidente son las construcciones y edificaciones que el hombre, a lo largo del tiempo, va inscribiendo en el paisaje; y puede presentarse de dos modalidades: en forma de poblamiento concentrado –ciudades, villas, pueblos– y en forma de casas y edificaciones dispersas en el campo. En ambos casos la trascendencia sobre el paisaje es enorme, hasta convertirse en uno de sus elementos más definitorios.

c) Es producto de una larga evolución que ha permitido depurar las soluciones más adecuadas. La experiencia y la tradición son, por tanto, recursos insustituibles, hasta el punto de que la casa rural se convierte en el producto final de la experiencia constructiva de toda una región.

d) La casa rural bética, en conjunto, supone un programa constructivo de enorme flexibilidad, de manera que partiendo de unos mismos principios básicos, en cada situación se ha elaborado una respuesta individualizada y adaptada a las necesidades de cada explotación.

e) En lo que se refiere a los aspectos formales, estas casas sintetizan la manera de ver y entender la vida de todo un pueblo, y por lo tanto son genuinos representantes de una cultura específica y diferenciada, una cultura que debería preservarse por su originalidad e idoneidad.

f) Desde el punto de vista paisajístico, con su color blanco predominante, estas casas son verdaderos hitos de referencia en el paisaje campiñés, hasta el punto de servir no sólo como elementos indudablemente estéticos, sino también como elementos ordenadores y estructuradores del espacio rural.

VI. A modo de síntesis.

Como resumen de cuanto hemos dicho, se puede afirmar que existe un paisaje perfecta y netamente definido en lo que llamamos Campiña Sur, paisaje que se presenta diversificado entre dos manifestaciones que pertenecen a dos subcomarcas naturales de la Campiña, la llamada Campiña Baja y la llamada Campiña Alta.

Igualmente, se puede también afirmar que, en el espacio que corresponde a la Mancomunidad de Municipios de la Campiña Sur, el paisaje es también un elemento fundamental de la cultura del pueblo que la habita; existe un paisaje que es el resultado de la modulación y elaboración de los elementos naturales por parte del hombre, de manera que dicho paisaje se constituye en una realidad mixta entre lo natural y lo antrópico, realidad que forma parte de nuestro bagaje cultural y existencial, aunque la conciencia de pertenencia e integración en ese paisaje es, a mi juicio, bastante escasa todavía.

Y quizá la causa de ello es el profundo desconocimiento que se tiene respecto de estos elementos paisajísticos y la ausencia total de reflexión sobre los mismos. Ello es un poco desalentador, porque un pueblo culto es un pueblo que, en primer lugar, conoce bien su paisaje y, porque lo conoce, lo ama, lo defiende y lo protege.

En nuestro caso, en los pueblos de la Campiña Sur, debemos confesar y aceptar –no sin un poco de sonrojo– que el déficit en este aspecto es enorme, lo que se traduce en la más profunda indiferencia ante el impresionante proceso de destrucción paisajística que se ha vivido en el último medio siglo, aniquilación y destrucción literal de múltiples formas y manifestaciones de paisaje y agresiones del más diverso tipo, todas ellas contempladas con la más profunda indiferencia, como si de algo consustancial con los tiempos se tratase.

Por último y como consecuencia de todo lo anterior: la consolidación de la identidad del pueblo andaluz en general y la identidad de cada una de sus comarcas, –por supuesto la Campiña Sur–, pasan por un mejor conocimiento de nuestro paisaje y por una valoración del mismo acorde con sus cualidades y valores; cualidades y valores que, desde todos los puntos de vista (geológico estético, agrario, arquitectónico, histórico, etc...) son importantes y significativas y no desmerecen ante cualquier comparación.

Porque estoy convencido de lo que digo, porque me lo creo al pie de la letra, es por lo que uno de mis proyectos más cálidamente acariciados en este momento es la elaboración de lo que hemos dado en llamar "*El Archivo de Paisaje de Andalucía*", un catálogo ordenado, explicado y coherentemente estructurado de todos los paisajes andaluces, para lo cual es tarea previa (en la que me encuentro) la elaboración del Archivo de Paisaje de cada provincia, de cada comarca y de cada pueblo. En ello estamos, para lo cual la provincia de Córdoba está sirviendo como experiencia piloto provincial, la Campiña de Córdoba como experiencia provincial y, por encargo expreso de un Ayuntamiento (Aguilar de la Frontera) su término servirá como experiencia piloto municipal.

Sí, como ambicionamos, la pronta culminación de este proceso conduce a que la Mancomunidad de Municipios Campiña Sur tenga su Archivo de Paisaje, y que éste se encuentre libremente disponible para todo el que quiera acercarse a él, la posibilidad de avanzar en un conocimiento profundo del mismo, la consecución de un mayor aprecio y de una defensa y protección adecuadas serán utopías un poco más cercanas y posibles de materializar en algo real.

Esperamos y deseamos tener tiempo y energías para culminarlo. Muchas gracias.